

I

Desengañado

I

Amanecía ya cuando la infeliz mujer, que había pasado en claro toda la noche *esperándole*, sintió en la puerta los porrazos con que el incorregible trasnochador acostumbraba llamar, por haberse roto, días antes, la cadena de la campanilla... ¡Ay, gracias a Dios! El momento aquel, los golpes en la puerta, a punto que la aurora se asomaba risueña por los vidrios del balcón, anularon súbitamente toda la tristeza de la angustiada y larguísima noche. Menos tiempo del que empleo en decirlo, tardó ella en correr desde la salita a la entrada de la casa, y antes que abriera, ya empujaba él, ansioso de refugiarse en la estrecha y apartada vivienda.

Precipitemos la narración diciendo que la que abría se llamaba Dulcenombre, y el que entró Ángel Guerra, hombre más bien grueso que flaco, de regular estatura, color cetrino y recia complexión, cara de malas pulgas y... Pero ¿a qué tal prisa? Calma, y dígase ahora tan solo que Dulcenombre, en cuanto le echó los ojos encima (para que la verdad resplandezca desde el principio, bueno será indicar sin rebozo que era su amante), notó el demudado rostro que aquella mañana se traía, mohín de rabia, mirar atravesado y tempestuoso. Juntos pasaron a la sala, y lo primero que hizo Guerra fue tirar al suelo el ajado sombrero, y mostrar a la joven su mano izquierda mojada de sangre fresca, que por los dedos goteaba.

—Mira cómo vengo, Dulce... Cosa perdida... ¡Quién se vuelve a fiar de tantísimo cobarde, de tantísimo necio!

El espanto dejó sin habla por un momento a la pobre mujer. Creyó que no solo la mano, sino el brazo entero del hombre amado, se desprendía del cuerpo, cayendo en tierra como trozo de res desprendido de los garfios de una carnicería.

—¡Querido, ay —exclamó al fin—, bien te lo dije!... ¡Para qué te metes en esas danzas?

Dejose caer el herido en el sillón más próximo, lanzando de su boca, como quien escupe fuerte, una blasfemia desvergonzada y sacrílega, y después revolvió sus ojos por todo el ámbito de la estancia, cual si escuchara su propia exclamación repercutiendo en las paredes y en el techo. Mas no era su apóstrofe lo que oía, sino el zumbido de uno de estos abejones que suelen meterse de noche en las casas, y buscando azorados la salida, tropiezan en las paredes, embisten a testarazos los cristales, y nos atormentan con su murmullo grave y monótono, expresión musical del tedio infinito.

—¿Tienes árnica? —dijo Guerra mirándose la ensangrentada, mano.

—Sí; la que traje cuando la perrita se magulló la pata. Mira, hijo, lo mejor será llamar ahora mismo a un médico.

—No, médico no —replicó él con viva inquietud—. Temo la policía, aunque no creo que nadie me haya visto entrar aquí... Si avisas a la Casa de Socorro¹, me comprometerás... La herida no es grave. No creo me haya interesado el hueso. La bala entró por esta parte y salió por aquí, ¿ves?... superficial..., mucha sangre..., alguna vena rota, y nada más... Entre tú y yo nos curaremos, digo, me curaré. Soy algo médico: me luciré siendo mi propio enfermo, y tú mi practicante.

Con exquisito cuidado procedió Dulcenombre a quitarle la cazadora, descubriendo la manga y puño de la camisa, tan anegados en sangre que se podían torcer². Temerosa de lastimarle, cortó con tijeras, por encima del codo, la tela de la camisa y elástica, y trayendo en seguida una jofaina con agua, en la cual vertió gran cantidad de árnica, empezó a lavar las heridas, que eran dos, la entrada y salida de la bala, distantes como seis pulgadas una de otra.

Guerra no se quejaba, y apretando los dientes, repetía: «No es nada, y si es, que sea, ¡caramba! No llamaría médico sino en el caso extremo de tener que cortar el brazo».

—¿De veras no te duele? —preguntaba Dulce poniendo en sus dedos toda la delicadeza posible.

—No..., ¡ay! Te digo que no... ¿Y qué te importa a ti que duela o no duela?... Ahora que sale menos sangre, ponme paños bien empapados en árnica, que renovarás cada poco tiempo. Luego me traes de la botica

¹ Las casas de socorro eran establecimientos sanitarios de atención primaria, que fueron sustituidos por los actuales centros de salud.

² Aquí *torcer* equivale a *escurrir*, en el sentido de que la sangre empapaba la ropa tanto que, al torcerla o escurrirla, chorrearía.

un emplasto cuyo nombre te escribiré en un papel..., ¡ay! Tengo una sed horrible. Dame agua. ¿Hay coñac en casa?

—No; te pondré vino.

—Lo mismo da. Venga, pronto, que me abraso.

Mientras bebía, el abejorro volvió a entonar su insufrible canto de una sola nota, estirada y vibrante como el lenguaje de un hilo telegráfico que se pusiera a contar su historia. Echole Guerra tremendas maldiciones, pero como sintiese ruido en la escalera, atendió a él sobresaltado y receloso.

—¿Qué tienes? —le dijo Dulce—. Esos pasos son de alguno que baja del tercero. Aquí no viene nadie. En la vecindad no nos conocen ni las moscas. Échate a descansar sin miedo.

—No sé... ¡Maldita suerte! —replicó Ángel gesticulando con el brazo hábil—. Si vienen a prenderme que vengan. Todo perdido por falta de dirección y sobra de pusilanimidad... A la hora crítica, los leones de club se vuelven corderos y se meten debajo de la cama, y los traidores se disfrazan de prudentes. La mayor parte de las tropas comprometidas se asustan de la calle como las monjas, y no se atreven a salir del cuartel. ¡Qué noche! Tengo fiebre. ¿Sabes una cosa? La claridad del día me incomoda. Cierra las maderas y enciende luz, a ver si duermo. No, imposible que yo descanse... Por vida de... ¡cuánto me molesta ese bicharraco estúpido!

—Déjalo —dijo Dulce, riendo de los insultos que Ángel siguió dirigiendo al pobre insecto—; ya procuraré yo quitarle de en medio. Verás... Acuéstate ahora.

Cerró las maderas y encendió luz, figurando la noche en la reducida sala, y acto continuo pasó a la alcoba para arreglar la cama, que era grande, dorada, la mejor pieza de todo el mueblaje. Después ayudó al herido a quitarse la ropa. Mejor será decir que le desnudó; condújole al lecho, le acostó, arreglando los almohadones de modo que pudieran sostener el busto en posición alta, y colocándole el brazo sobre un cojín de la manera menos incómoda.

—Antes que se me olvide —le decía Guerra al acostarse—: recoge toda la ropa ensangrentada y lávala de prisa y corriendo... Otra cosa. Cuando salgas a la compra, tráeme periódicos, aunque sean monárquicos. ¿Qué hora es? ¿Dices que la vecindad no nos conoce? Bien puede ser, porque solo hace ocho días que habitamos en este escondrijo, y nadie lo sabe más que tu familia, de la cual, acá para entre los dos, no me fio ni me fiaré nunca.

—No pienses mal de mis pobrecitos hermanos ni del infelizote de papá.

—¡Pobrecitos, sí! (*Con cruel ironía.*)³ Serían capaces de venderse a sí propios el día en que no pudieran vender a los demás. Más tranquilo estaría yo si supiera que ignoran dónde me encuentro... ¡Ay, Dulce de mi vida, procura matar a ese moscardón del infierno, o yo no sé lo que va a ser de mí! Mis nervios estallan, mi cabeza es un volcán; yo reviento, yo me vuelvo loco, si ese condenado no se va de aquí. Acéchale, ponte en guardia con una toalla o cualquier trapo... Aguantas el resuello, te vas aproximando poquito a poco, para que él no se entere, y cuando le tengas a tiro, ¡zas!, le sacudes firme.

Procedió Dulcenombre, bien instruida de esta táctica, a la cacería del himenóptero; pero él le ganaba, sin duda, en habilidad estratégica, porque en cuanto la formidable toalla (graves autores sostienen que no era toalla, sino un delantal bien doblado y cogido por las cuatro puntas, formando uno de los más mortíferos ingenios militares que pueden imaginarse) se levantó amenazando estrellarse contra la pared, el abejón salió escapado hacia el techo burlándose de su perseguidora.

La cual, desalentada por la ineficacia de su primer ataque, volvió al lado de su amigo, diciéndole: «Pues no debes temer nada de los míos. A tu casa irá probablemente la policía, y tu madre dirá que no sabe dónde estás..., como que, en efecto, no lo sabe ni lo puede saber».

Al oír nombrar a su madre, obscurecióse el rostro de Guerra. De lo que murmuraron sus labios, hervor del despecho y la ira que rescoldaban en su alma, solo pudo entender Dulce algunas frases sueltas.

«¡Pobre señora!... Disgusto horrible cuando sepa...». Y luego, queriendo descargar con un suspiro forzado, que parecía golpe de bomba, la pesadumbre y opresión que dentro tenía, añadió esto: «Despedime de ella hace cuatro días, diciéndole que iba de caza a Malagón⁴... ¡No es mala cacería!... Cazado yo».

Tan abstraído estuvo que el zángano pasó dos veces por encima de las almohadas, reforzando su infernal *trágala*, y Guerra no se dio cuenta de ello. Fue preciso que por tercera vez pasara el maldito, casi tocán-

³ La inclusión de acotaciones teatrales en la novela se debe a la idea de Galdós de que, a menudo, narrativa y teatro comparten características. Como es sabido, nuestro autor escribió varias de sus novelas con una estructura teatral, divididas en actos y escenas, con diálogos directos de los personajes y con acotaciones. Él mismo, en el prólogo a *El abuelo* (1897), afirma que «en toda novela en que los personajes hablan late una obra dramática» (*El abuelo*, ed. cit., pág. 8). Veremos que el uso de acotaciones, e incluso de diálogos directos a la manera de una obra de teatro, estarán bastante presentes en *Ángel Guerra*.

⁴ Malagón: posiblemente se refiera a la sierra de Malagón, situada entre la Comunidad de Madrid y la de Castilla y León, al oeste de la capital, en la sierra de Guadarrama.

dole la punta de la nariz, con lo cual se evidenció que la burla rayaba en procaz insolencia, para que el otro lo notara y se revoliera airado contra *la fiera*, gritándole: «Canalla, trasto, indecente, si yo no estuviera amarrado en esta cama, verías». Poco faltaba para que en la excitada imaginación de Guerra se representase el zumbador insecto como animal monstruoso que llenaba todo el aposento con sus alas vibrantes. Empezó Dulce de nuevo la persecución, y eran de ver su agilidad y tino, las cualidades estratégicas que en la desigual lucha iba desarrollando; cómo se aproximaba quedamente; cómo blandía el arma formidable; cómo seguía el vuelo curvo del enemigo en sus rápidos quiebros, adivinándole las retiradas y anticipándose a ellas; cómo, en fin, se prevenía contra su astucia, embistiéndole por el flanco menos peligroso, que era aquel en que no la delataba su propia sombra... Por último, uno de los muchos disparos con el lienzo insecticida fue tan certero que el monstruo, sin exhalar un ay, cayó al suelo con las patas dobladas, las alas rotas.

—Peció —dijo Dulce con la emoción de la victoria, inclinándose para verlo hecho un ovillo negro y peludo. En su agonía, parecía comerse sus propias patas y hundir la cabeza en la panza turgente.

—¡Maldita sea su alma! —exclamó Guerra con júbilo—. Así quisiera yo ver a otros que zumban lo mismo, y merecen también un toallazo... Ahora, parece que dormiré.

Vencido del cansancio, no tardó en caer en un sopor, que más bien parecía borrachera.

II

De la cual salió súbitamente⁵, y como de un salto, media hora después, porque no vale que el cuerpo tome la horizontal, cuando las ideas se obstinan en ponerse en pie; ni vale que los músculos fatigados se relajen y apetezcan la quietud, cuando la sangre se desboca y los nervios se encabritan. Lo primero de que el herido se hizo cargo fue de la sole-

⁵ Este comienzo de capítulo, enlazado con el final del anterior como si fuera sencillamente un párrafo aparte, recuerda la transición entre los capítulos V y VI de la primera parte del *Quijote*: el V termina con la frase: «... fue a llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote», y el VI comienza así: «el cual aún todavía dormía» (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1980, pág. 69). La huella de Cervantes en la obra de Galdós es inmensa y merece, sin duda, un estudio profundo.

dad en que se encontraba, pues Dulcenombre había salido. Sintió en torno suyo la impresión triste de la ausencia del ser que a todas horas llenaba la casa con su tráfago diligente y amoroso.

«¿Qué buena es esta Dulce —pensó—, y qué vacías, qué solas, qué huérfanas quedan las cosas cuando ella se va!». Al pensar esto, como volviera a sentir el zumbido del insecto, se inflamó de nuevo en ira y deseos de destrucción. «O ha resucitado ese miserable —se dijo—, o ha venido otro a ocupar la plaza». Mas era un ruido puramente subjetivo, efecto de la debilidad y de la excitación de los nervios acústicos. El reloj de San Antón⁶ dio las ocho, y Ángel, después de contar cuidadosamente las campanadas, quedose con la duda de haber acertado en la cuenta. Los rumores de la calle se desfiguraban y acrecían monstruosamente en su cerebro: el paso de un carro se le antojaba rodar de artillería, y los pregones alaridos de combate, los pasos de los vecinos en la escalera, movimiento de tropas que subían a ocupar el edificio. Felizmente, el chirrido del llavín en la puerta anunció el regreso de Dulce. Alegrese Guerra al oírlo, como niño abandonado que se ve de nuevo en brazos de la madre.

—Hija mía —le dijo al verla entrar con su pañuelo por la cabeza y su mantón sobre los hombros—. Si no vienes pronto, no sé qué es de mí. Me abrumaba la soledad.

—Te dejé dormido, monín —replicó ella, abalanzándose sobre la cama para acariciarle con ternura—. ¿Por qué has despertado? ¿Qué tal te encuentras? Y el bracito, ¿te duele?

—El brazo está como dormido, como muerto; no siento más que unas cosquillas... que suben hasta el hombro... y la sensación de que la parte herida es grande, tan grande como todo mi cuerpo. Tengo fiebre, y bastante alta, si no me equivoco.

En el mismo instante, una galguita esbelta cuyas patas parecían de alambre, saltó sobre el lecho y empezó a acariciar al herido. Dulce cuidó de que el inquieto animal no lastimara el brazo enfermo, para lo cual le dirigió una admonición muy expresiva y graciosa. Por segunda vez apuntó la idea de traer un médico; pero Guerra se opuso terminantemente, quitando importancia a su herida. En cambio, pudo convencerle de que aquella fingida noche en que estaba, con las maderas cerradas y la luz encendida, más propicia era a la tristeza lúgubre que al descanso reparador. Y se apagó la vela y se abrieron las maderas; pero con la cla-

⁶ La iglesia de San Antón de Madrid se encuentra en la calle de Hortaleza, muy cerca de la calle que hoy lleva el nombre de Pérez Galdós. Es un templo barroco proyectado por el arquitecto Pedro de Ribera en el siglo XVIII.

ridad solar, Guerra se excitó más, mostrando ganas de levantarse y apetito insaciable de charla. Mucho le contrariaba que Dulce no le hubiese traído periódicos, y ella prometió bajar más tarde, en cuanto los sintiera vocear. La pobrecilla se hubiera partido en dos de buena gana para poder atender a la cocina y a la alcoba, al puchero y al hombre. Iba y venía con celeridad no inferior a la de la galguita, y después de trastear allá dentro, volvía para engolosinar a su amigo con una palabra cariñosa, para arroparle y acomodar el brazo sobre el cojín. Al pasar por la salita, no dejaba de dar un empujón a las butacas y sillas, poniéndolas en su sitio; de arreglar lo que desde la noche anterior permanecía revuelto; de pasar rápidamente un paño por lo más cargado de polvo, y sintiendo mucho no poder hacer limpia general, corría a la cocina, donde diversas faenas la reclamaban. Dígase de paso que la habitación era pequeñísima, que no tenía gabinete, sino tan solo sala de un balcón, y alcoba separada de aquella por puerta de cristales; que estas dos piezas uníanse por pasillo nada corto a la cocina y comedor, cuyas ventanas daban al corredor del patio. La casa era de estas que pueden llamarse mixtas, pues en la fachada había cuartos de mediana cabida, de ocho a diez duros de inquilinato; en el fondo, patio con corredores de viviendas numeradas, de cincuenta a ochenta reales. Una sola escalera servía el exterior como el interior de la finca, situada en la corta y solitaria calle de Santa Águeda, que comunica la de Santa Brígida con la de San Mateo⁷.

Dulcenombre consiguió de Ángel que consintiese en estar encerrado un rato para poder abrir el balcón de la sala, y barrer, limpiar y ventilar esta. Concluida la operación en un periquete, la joven, escoba en mano, fue a dar un poco de palique a su amante:

—¡Ay, hijo mío, qué cosas decían en la plazuela!, que habéis sido unos tontos, y que no sabéis hacer revoluciones.

—Dicen la verdad; unos por inocentes, otros por traidores, todos merecemos el desprecio de las placeras.

—Pues anoche, a eso de las diez y media, toda la vecindad del patio salió de los cuartos, como las hormigas en tiempo de calor, porque se corrió la voz de que había gran trifulca. Yo me asomé a la escalera, y uno decía que verdes, otro que maduras. Contó no sé quién que la caballería sublevada había pasado por la calle de la Puebla dando gritos, con un oficial a la cabeza, que, revólver en mano, se desgañitaba diciendo que

⁷ Calles todas ellas muy cercanas de la iglesia de San Antón, en el distrito Centro de Madrid.

viviera la República. ¿Es verdad esto? Pues luego cada persona que llegaba a la casa traía una papa muy gorda. Uno que Palacio estaba ardiendo por los cuatro costados, otro que diecisiete generales se habían echado a la calle...

—¡Diecisiete rayos! —exclamó con furor el enfermo—. Alguno había comprometido, es verdad; pero estos comodones se quedan detrás de la puerta viendo la función, y si sale bien se llaman a la parte, si sale mal corren a presentarse al ministro de la Guerra.

—En medio de aquel barullo, yo me hacía la tonta, como si nada supiera, y me asombraba de cuanto me decían. Hoy, en la plazuela, he oído que fracasasteis antes de empezar, y que no habéis hecho más que chapucerías.

—¡Chapucerías! Voy creyendo que en la plazuela nos juzgan como merecemos. Mira, Dulce, si no nos hubieran faltado los de los *Docks*⁸, qué sé yo...

—El tío Pintado, el escarolero... tú no le conoces... aquel vejete que tiene su cajón al lado de San Ildefonso⁹... Pues me contó que él ha sido tremendo para estas cosas de revoluciones, y que el cincuenta y tantos y el no sé cuántos, él solo con cuatro amigos cortó la comunicación de la Cava Baja con la calle de Toledo, y que la tropa tuvo que romper por dentro de las casas. En fin, te mueres de risa si le oyes ponderar lo héroe que es. En su cajón había esta mañana un corro muy grande, y él, con ínfulas de maestro, os criticaba, porque en vez de encallejonaros en la estación de Atocha, debisteis irros a la Puerta del Sol y apoderaros del Principal¹⁰.

—Tiene razón. ¡Si es de sentido común...!

—Dijeron allí también que habíais matado tontamente a dos generales o no sé qué, y que los patriotas de hoy no servís más que para ayudar a misa.

—También es verdad. Merecíamos ser apaleados por los de Orden Público, o que los barrenderos de la Villa nos ametrallaran con las man-

⁸ Los Docks (del inglés, *diques*) fueron construidos en 1861 como almacenes de depósito de mercancías, a imitación de los existentes en las orillas del Támesis, en Londres, pero poco después, tras su fracaso, fueron adquiridos por el Estado, que los destinó a la función de cuarteles de artillería e intendencia. Se situaban cerca de la estación de Atocha y posteriormente se los conoció, también, como los cuarteles de Daoiz y Velarde. Fueron derribados a finales del siglo xx.

⁹ Se refiere a la parroquia de San Ildefonso, situada en la plaza del mismo nombre, muy cerca de la calle de Santa Águeda en la que viven Ángel y Dulce.

¹⁰ Se trata del cuartel de la Guardia Principal, que desde la mitad del xix se situó en el edificio de la casa de Postas, ubicado en la calle del Correo, detrás del edificio principal de la Puerta del Sol que actualmente alberga la sede de la Comunidad de Madrid.

gas de riego. ¡Desengaño como este...! Parece que despierto de un sueño de presunción, credulidad y tontería, y que me reconozco haber sido en este sueño persona distinta de lo que soy ahora... En fin, el error duele, pero instruye. Treinta años tengo, querida mía. En la edad peligrosa, cogíome un vértigo político, enfermedad de fanatismo, ansia instintiva de mejorar la suerte de los pueblos, de aminorar el mal humano..., resabio quijotesco que todos llevamos en la masa de la sangre. El fin es noble; los medios ahora veo que son menguadísimos, y en cuanto al instrumento, que es el pueblo mismo, se quiebra en nuestras manos, como una caña podrida. Total, que aquí me tienes estrellado, al fin de una carrera vertiginosa..., golpe tremendo contra la realidad... Abro los ojos y me encuentro hecho una tortilla; pero soy una tortilla que empieza a ver claro.

Al llegar a este punto, sintió el herido gran debilidad, que reparó con un poco de café. Como sintiese también alguna molestia en el brazo, no quiso diferir la aplicación del emplasto. Dulce salió en busca de la medicina, tardando como una media hora, y al volver se trajo un rintero de periódicos, que Ángel desfloró, recorriéndolos con ansiosa y superficial lectura, para cazar la noticia verdadera en aquella selva de informaciones precipitadas. Como tenía más fiebre que apetito, y parecía natural que al enfermo le sentara mejor el buen caldo que los periódicos, Dulce cortó la ración de estos y activó el puchero, que era substancioso, riquísimo, con su poco de gallina, su jamón y vaca con hueso. Deslizose toda la mañana, sin que nada ocurriese de particular. Después de recorrer ligeramente parte de la prensa, sintiose Ángel fatigado; mas sus intentos de dormir fueron inútiles. Cerraba los ojos, y en vez de aletargarse, el cerebro reproducía fielmente las escenas de la tarde anterior, precursoras de la descabellada intentona de la noche. Veíase en el cafetín de Nápoles, concertando con el capitán Montero ciertos detalles del plan, fijando la hora exacta. Él, Guerra, secreteaba a su amigo las órdenes del brigadier Campón, que había de ponerse al frente de los sublevados. Montero respondía de los sargentos; pero ponderaba la dificultad de sacar del cuartel las tropas, burlando al coronel y a los oficiales. Todo dependía de la temeridad y arrojo del capitán, que era de la piel del diablo¹¹.

¹¹ El episodio revolucionario en el que participó Ángel Guerra refleja el pronunciamiento del brigadier republicano Manuel Villacampa, que buscaba derrocar a la monarquía y que tuvo lugar el 19 de septiembre de 1886. A los militares sublevados se unieron varios paisanos conjurados y, entre todos, buscaron implicar en la revuelta a los artilleros del cuartel de los Docks, pero no lo consiguieron. Los sublevados mataron, por el cami-

Abría Guerra los ojos, y de la representación del hecho pasaba su pensamiento bruscamente al desairado fin de su aventura. «Todo es humillante —decía— en este fracaso, hasta la herida que he recibido. La muerte o una herida grave hubieran correspondido a la intención; pero esta puntada en el brazo no me permite considerarme víctima, ni héroe, ni nada. Para que todo resulte chabacano, hasta mi herida... apenas me duele... Y ahora se me ocurre: ¿que habrá sido de aquel desdichado Campón? Los periódicos dicen que abandonó el tren al saber que tampoco los de Alcalá respondían, y a estas horas andará fugitivo, dado a todos los demonios, hasta que le cacen los monárquicos. Le fusilarán, por no haber sabido escurrir el bulto cuando vio venir la mala. ¡Pobre Campón! No me atrevo ya a decir que es glorioso dar la vida por esta idea; no me atrevo a clamar venganza. La idea está tan derrengada como sus partidarios, y no puede tenerse en pie»¹².

III

La debilidad de su cuerpo y la ebullición mental se manifestaron de improviso en el terreno de la ternura. Llamaba a su compañera para decirle con pueril afán: «Dulcísima, ¿me quieres? ¿Pero me quieres de verdad?». Ella respondía que sí con efusión del alma, añadiendo a la palabra demostraciones materiales que restallaban en la alcoba, porque entre otras particularidades fisiológicas, tenía la de besar de una manera ruidosa y descompasada. Quiriendo arrancarle confesiones de más valía, Ángel la interrogaba así: «¿Me quieres por encima de todos y de todo? ¿Me perdonas que te arrancara a tu familia, juntándote con un hombre que está fuera de la ley y que puede dar con sus huesos en el destierro o en el patíbulo?».

Dulcenombre se echó a reír, diciendo que para ella no había más familia que él, ni más leyes que la voluntad del hombre amado, y que le seguiría a cuantas aventuras se quisiera lanzar. Agregaba que el dejar a

no, a un brigadier y a un coronel, seguramente los «dos generales o no sé qué» de los que poco antes ha hablado Dulce. La improvisación y la descoordinación de la sublevación propiciaron su fracaso. Parece transparente que el «brigadier Campón» del que habla Ángel oculta en la ficción al brigadier Villacampa.

¹² Tras el fracaso del pronunciamiento, Villacampa se replegó, con ánimo de llegar a los Montes de Toledo, pero fue detenido en Colmenar de Oreja a los pocos días. Finalmente fue juzgado el 2 de octubre y condenado a muerte, aunque la pena le fue conmutada por la de prisión, gracias a que la reina solicitó su indulto.

su familia no era un mérito, pues cualquier género de vida, aun el más deshonoroso, valía más que vivir con sus padres y hermanos.

—En eso estamos conformes —dijo Guerra—, y al sacarte de tu casa, te saqué de una leonera; pero si allí no eras más honrada, estabas más libre.

—No me gusta la libertad —se apresuró a decir Dulce—. Me siento mejor sometida, y con el cuello bien amarrado al yugo de un hombre que me gusta por el alma y por el cuerpo. Obedecer queriendo es mi delicia, y servir a mi dueño, siendo también por mi parte un poco dueña de él, quiero decir, esclava y señora... Pero déjame ir un momento a la cocina, que se nos quema el puchero.

Al quedarse solo, Ángel reflexionaba diciéndose: «En medio de tantas desgracias y caídas, tengo el consuelo de poseer esta leal amiga, dechado de fidelidad, paciencia y adhesión, que cogí como con lazo en una selva oscura. Mi vida no es tan triste y desastrada como he podido creer, porque esta mujer me la ennoblece, y me colma de consuelos espirituales».

Acordábase al punto de su madre y de su hija, y si el recuerdo de la primera causábase cierto terror, al pensar en la segunda se desbordaba en su alma la ternura. Urge decir que Ángel Guerra era viudo, y tenía una niña de siete años llamada Encarnación, a quien amaba con delirio. Su mayor pena en la encerrona a que se veía condenado, y a la cual probablemente seguiría larga proscripción, era verse alejado por tiempo incalculable de su inocente hija; y también le inquietaba la idea de una definitiva ruptura con su madre, a quien respetaba y quería, no obstante la infranqueable diferencia de opiniones entre ambos. Almorzó aquel día sin gana, fumó más de lo conveniente, pidió sus libros, en los cuales leyó algunas páginas sin enterarse de nada, y hastiado del tabaco y de las letras, renegó de su suerte y de los motivos de tan fastidiosa esclavitud. Dulce le consolaba desde la sala con palabras festivas y amorosas mientras se peinaba sentada frente al armario de luna. Conviene ahora decir que Dulce nombre era bonita, y que lo habría sido más si su natural belleza hubiera tenido el adorno de las carnes lozanas, que por sí solas decoran y visten una figura de mujer. ¡Lástima que fuese más que delgada, flaca, y tan esbelta que la comparación de su cuerpo con un junco no resultaba hipérbolo! Era su rostro de una nobleza indiscutible, el perfil muy acentuado en el corte de la distinción y espiritualidad, cara y silueta dignas de lucir en un teatro con trajes históricos, dignas también de un bajo relieve de alabastro ahumado por el tiempo. Por esto Ángel Guerra bromeaba con su querida, diciéndole que parecía una princesa borgoñona o italiana, sacada de su sarcófago y rediviva por conjuros del diablo. Su mal color, como

de leche y miel de caña mezcladas en buena proporción, abonaba aquel juicio. Tenía entonces veinticuatro años, y representaba treinta, señal de que su hermosura y su juventud tendían a consumirse pronto, como candelas con doble pábilo, y antes de que se acabara en ella la mujer, ya se estaba anunciando la momia.

Nadie pareció por la casa en todo el día. La soledad y abandono en que vivía la pareja fueron de grandísimo consuelo para el revolucionario, que empezó a tener confianza en la impunidad. Su mayor recelo era que Arístides y Fausto, hermanos de Dulcenombre, llamasen a la puerta.

—No vendrán —dijo ella—. ¿A qué cuento habrían de venir ahora, si no vienen casi nunca?

—No conoces a tus hermanos, hija mía. Vendrán solo por el gusto de fisgonear, de molestarme y de venderme, si hubiera quien les diese algo por mí.

—Estate tranquilo. Solo vendrían en el caso de que yo tardara muchos días en ir allá. Para evitar que nos visiten, pasaré esta noche o mañana si te parece.

—Sí, sí. Y llévalos algo para que el mal humor, hermano gemelo de la penuria, no les ponga en ese estado particular del espíritu que engendra el dolo y las traiciones.

Quedó convenido esto, y Guerra descansó largo rato hasta la tarde. Ya de noche, después de comer, cuando Dulce había encendido la lámpara, disponiéndose a emplear un par de horas en el arreglo de su ropa, el herido se animó considerablemente. No podía estarse quieto; sus ganas de hablar rayaban en frenesí, y como era aquella la hora de la cháchara y de las disputas con los amigos en el café, o en algún círculo más o menos público, la costumbre imponía su fuero, y el hombre habría charlado consigo mismo, si no tuviera a su querida para componerse un auditorio. Hízola pasar de la sala a la alcoba, llevando la luz, la silla baja, la cesta de ropa y una caja en que tenía los chismes de costura, la cual puso sobre la cama por no haber sitio más apropiado. A la cama saltó también la perra; la lámpara fue puesta sobre la mesa de noche, para que dominara con su claridad todo el grupo, que resultaba simpático. Ángel sentía febril apetito de contar las ocurrencias de la noche anterior, en las cuales había sido actor o testigo, y añadir los comentarios propios de sucesos tan graves. Por momentos se figuraba tener delante a su trinca del *Círculo Propagandista Reivindicador*, y que alguien le contradecía, excitándole más. Cuando un hombre ha presenciado sucesos que pasan a la Historia, aunque sea de contrabando, y que acaloran la opinión, natural es que sienta el prurito de contarlos, de rectificar errores, y de poner cada cosa y cada persona en su lugar. En Guerra

hablaban aquella noche el orgullo del testigo que sabe lo que los oyentes ignoran, el amor propio del narrador bien informado, y el coraje del revolucionario sin éxito.

Atención.

—Mira tú, querida, yo te aseguro que el general Araña estaba comprometido, aunque con reservas. Un amigo suyo, paisano, fue a nuestras reuniones de la calle de la Estrella y de la calle de la Fe, y nos dijo: «Señores, si el general Araña, al estallar el movimiento, se presentara, ¿qué harían ustedes?». A lo que respondió Campón: «Pues nos pondríamos todos a sus órdenes». A pesar de este ofrecimiento, no contábamos con el general Araña, ni con el general Socorro, a no ser que desde el primer momento tuviéramos asegurado un triunfo indiscutible.

»Pues verás otra cosa. Los periódicos censuran el movimiento por descabellado, fíjate bien, y dan por cierto que lo realizaron los ochenta hombres a caballo de *Simancas* y las dos compañías de infantería de *Ceriñola*. Lo que hay es que estos infelices fueron los únicos que tuvieron arranque para cumplir lo pactado. Yo te aseguro, como si lo hubiera visto, que en un patio del cuartel de la Montaña¹³ estuvo formado el batallón de *Andújar*¹⁴. Los sargentos y los oficiales nuestros lo habían arreglado bien; pero... lo que pasa en estos casos... entra el coronel, y ya tienes perdida toda la fuerza moral de los sargentos. “¿Qué es esto, voto al rayo?” “Nada, mi coronel, que supimos que había jarana, y estábamos preparando a los chicos para salir a sostener el orden.” (*Estupefacción de Dulce*.) Pues verás otra mejor. En los *Docks*, teníamos conquistada la artillería. ¿Recuerdas que, cuando vivíamos en la calle de San Marcos, fue un domingo por la tarde a casa un muchacho, militar, y al otro día otro? A ti te chocó que habláramos solos más de una hora, y te enojaste porque no te quise decir de qué habíamos hablado. Pues eran sargentos de artillería. Yo les trabajé lo mejor que pude. Otros había que de meses atrás venían catequizados por amigos nuestros. Me consta que desde las diez, los sargentos habían hecho vestir a los chicos, y les tenían acostados en sus camas, bien tapaditos con las mantas, esperando la hora. Pero... la de siempre, hija mía, resultó lo mismo que en la Montaña, los oficiales se impusieron, y allí no se movió nadie.

¹³ El cuartel de la Montaña estuvo ubicado en la llamada montaña del Príncipe Pío. Fue construido en la segunda mitad del siglo XIX y derribado en los años setenta del XX, tras haber tenido un gran protagonismo durante la guerra civil de 1936 a 1939. En su lugar se ubica hoy el templo de Debod.

¹⁴ Los nombres de Simancas, Ceriñola y Andújar hacen referencia a diversos regimientos o batallones de infantería del Ejército español.

—Pero, dime —le preguntó Dulce—, ¿estabas tú en todas partes para saber lo que en todas partes pasaba?

—Lo que yo cuento a ustedes, señores —dijo Guerra con solemnidad, desvariando—, es el Evangelio... Perdona, hija, creí que hablaba con... aquellos. ¡Cómo me echarán de menos esta noche... y qué de mentiras se contarán en el corrillo!

Dio un gran suspiro, para volver de nuevo a su febril y desordenada relación del suceso.

IV

¿Que dónde estaba yo? ¡Caramba! En donde estar debía... Por la tarde, en la redacción de *El Palenque*; al anochecer, conferenciando con Montero, el cual me dijo que necesitaba redoblar su audacia para sacar las tropas de San Gil¹⁵, porque ayer mismo le dejó el Gobierno de reemplazo. La suerte suya..., ahora bien podré decir la desgracia..., pues la suerte suya fue que, no habiéndose corrido ayer las órdenes para quitarle el mando, podía entrar en el cuartel cuando quisiera. A las siete comimos en el café de Nápoles; Montero no tomó más que media chuleta de cerdo y una botella de vino, sin probar el pan. Yo, que no pierdo el apetito en ninguna ocasión, comí bien, y luego tomamos un coche de alquiler para ir a avistarnos con Campón, que vive en la calle de Silva¹⁶. Le encontramos dispuesto a salir, risueño y con esperanzas. Vestía de paisano, llevando el fajín de brigadier tapado con el chaleco, y nos dijo que pensaba ir al café de Aragón, donde tenía la tertulia, para que su ausencia no despertara sospechas. En la reunión que tuvimos por la mañana, se había determinado que las tropas de San Gil y las de la Montaña atravesarían por Madrid en dirección a los *Docks*. Allí se unirían los artilleros, y... ¿Qué? ¿Te parece descabellado este plan? (*Dulce no decía nada.*) A mí también me lo pareció. Reunirse en Atocha, para subir luego a dar el ataque a las tropas monárquicas, o esperarlas en aquella hondonada, parecíame a mí una gran pifia. Pero no me atre-

¹⁵ El cuartel de San Gil se situaba en el entorno de la plaza de España y la calle de Leganitos. El edificio fue proyectado por el arquitecto Francesco Sabatini y en él tuvo lugar la famosa sublevación fallida del cuartel de San Gil (1866), contra la reina Isabel II, preludio de la Gloriosa de 1868. Fue demolido a principios del siglo XX para facilitar el desarrollo urbanístico de la zona.

¹⁶ La calle de Silva desemboca en la Gran Vía, a la izquierda subiendo de la plaza de España, y está relativamente cercana del lugar en el que se encontraba el cuartel de San Gil.

ví a contradecir a los militares. Campón nos dijo: «En cuanto yo me entere de que los de San Gil *se han echado...*, y todo Madrid ha de saberlo al instante, porque la noticia correrá como un relámpago..., me despido de mis amigos del café, como que voy a curiosear, y me bajo tan tranquilo por mi calle de Atocha. En la estación tomaré el mando, si no se presenta el amigo Araña, como algunos creen, y yo también». Sobre esto bromeamos un instante. «Usted cuídese de que todo vaya bien, y entonces tendremos general Araña y cuantos generales queramos. Pero si se nos tuerce, créame usted, querido Campón, que nos harán *fu*, llamándonos *la hidra demagógica* y *la ola revolucionaria...*». Bajábamos los tres, y en la escalera encontramos a Díaz del Cerro. Hablamos brevemente los cuatro, y acordamos no salir juntos. Montero y yo salimos los primeros, y allá se quedaron los otros dos, que, según supe después, trataron de lo que debían hacer los paisanos armados... ya puedes figurártelo... pues situarse en las inmediaciones de los *Docks*, para impedir a los jefes de artillería llegar al cuartel.

—Me parece —dijo Dulce— que hablas demasiado, y que te excitas, hijo mío, te encandilas más de lo conveniente. Lo que queda me lo contarás otra noche.

—Como quieras; pero cuando uno ha tomado parte en hechos tan graves, cuando tiene uno la verdad metida en la mollera, como algo que le congestiona, o revienta o ha de vaciarla. Esto no lo contaría yo a nadie más que a ti, porque sé que no has de venderme.

—Lo demás me lo figuro. Que fuisteis Montero y tú a sacar a los de San Gil...

—¿Ves, ves como adúlteras los hechos? (*Exaltándose.*) Eres como la prensa, que toma las cosas a bulto... ¡y así traen los periódicos cada buñuelo...! Yo no fui a San Gil, porque no tenía para qué. No quiero atribuirme glorias que no me corresponden... ¿A qué sostienes que fui a San Gil...?

—No, hombre —replicó Dulce, dando a entender en el tono y en la sonrisa que el hecho en cuestión carecía de importancia—; si yo no sostengo nada. Ten por cierto que cuando se escriba la historia de esta tracamundana..., pues yo creo que algún desocupado ha de escribirla..., no te han de nombrar para nada. Que fueras tú a San Gil o no fueras, lo mismo da.

—Convengo en que no han de nombrarme. Mejor. Pero conste que Montero se separó de mí en la plaza del Callao para ir a San Gil, a eso de las ocho y media. Fui entonces en busca de Gallo, que ya estaba esperándome en la puerta de la redacción, y...

—¿Quién es ese? ¿El rubito, de anteojos, ese que habla tanto y todo lo encuentra fácil?